

... recuerde el alma dormida

# Los ríos para el mar

## I

Aquí, donde empecé, duele la sombra  
y a manantial sonaba el agua limpia  
que desde Dios nos llueve y nos arrastra  
por caminos de barro como un río

agua que pasa y queda al descubierta,  
vulnerable a los vientos que la besan  
a la piedra y al remo que la hieren  
a la luz que la ciega y la consume.

Un hombre soy echado por el cauce  
que abrieron otros hombres, torrentera  
con su fuerza de ser hasta la muerte  
como una ofrenda viva sin retorno.

Nadie me toque: soy ceniza y brasa  
que fecundó la hoguera de los días  
espiga y fruto que resbala adrede  
a sus trojes plantados en el tiempo.

Y en tus manos: el agua que se escapa  
por las redes de amor que ata la vida.  
Nunca más sola que sintiendo al árbol  
hundir la sed que acosa a sus raíces.

Agua que lenta, va rodando el guijo  
de su costumbre antigua, sin remedio  
con un dogal de tierra en cada orilla  
y su canción de muerte cuesta abajo.

## II

De sol a sol, se suman soledades  
y el agua que nos lleva multiplica  
rumor de voces, fuertes como rocas  
que hacen saltar al cielo sus espumas.

Somos muchos: un río que se enfrenta  
a su destino-mar, luchando por quedarse  
con su barca viajera sin naufragio  
y su oleaje en paz para sus sueños.

En la plaza se truecan corazones  
y se olvidan los años de tortura.  
Tenemos el poniente sobre el rostro  
y un amargor de sal por nuestras venas.

¿Lo notamos? El vértigo nos cruza  
como un silbo del aire por el pecho  
y nos clava a la noche donde nace  
la fuerza que derriban las mañanas.

Bajaremos, cantando como niños  
la arena y el panal, la zarza verde  
por donde se perdían otro tiempo  
los pájaros amados de la vida.

Llegaremos. Que nadie nos detenga.  
Agua del mar que ya no retrocede  
ante el abrazo que rodea toda  
la claridad de Dios en el silencio.

ANDRÉS G. NIÑO  
Valencia, 1968.